SAINETE NUEVO

TITULADO

LOS PAYOS HECHIZADOS,

JUANITO Y JUANITA.



PERSONAS.

Herrador 1.	*Juanito.*
Herrador 2.	*Juanita.*
Herrador 3.	*La Tia Inés.*

...za de pueblo con una casilla á un lado y otra á otro, con banco de herrador, en que estarán trabajando con martillos los dos mancebos.

...tan. Los dos. Al sonsonito
...mi martillito,
...orena del alma,
...n, y bailarás.
... Querida morena,
...e con susto y pena
...hora de hablarnos
...uardando estás.
Los dos. Al sonsonito
...mi martillito,
...rena del alma,
..., y bailarás.
Sale el tio Guillermo de maestro de herrador.
Guill. Idos con dos mil demonios
...ntar á los infiernos,
...uelvo por una estaca,
...los tres rompo los huesos.
Manc. 1. Y por qué razon? Usted
...irará bien en ello.
Manc. 2. Eso de zurrar á nadie...
... amor, cómo me has puesto! *Ap.*
Manc. 1. Qué duende es el que teneis,
y qué suspiros son esos,
...tro mio?
Guill. Que se yo:
idos todos á paseo,
y dejadme.
Manc. 1. Aun es temprano;
y ya sabeis que tenemos
cien herraduras que hacer.
Guill. Por hoy mas golpes no quiero,
que me duele la cabeza.
Manc. 1. Pero el jornal suponemos
que será cabal.
Guill. Y doble,
si me dejais, os le ofrezco.
Manc. 1. Pues de ese modo, muchacho,
al rio á ver si podemos
ver nuestras mozas.
Los dos. Al rio.
Manc. 2. Todos nos alegraremos
que usted mejore.
Manc. 1. Qué mosca
le habrá picado al maestro?
Guill. Me quereis dejar?
Los dos. Agur. (*vanse.*)
Guill. Gracias á Dios que se fueron.
Este perro del amor
es tan maldito hechicero,

que antes de poco ha de hacerme
olvidar mi ministerio.
Yo, que he sido la flor de
los mariscales del reino,
soy capaz por una moza
de abandonar los jumentos,
y caballos del lugar?
¡Pobre mariscal Guillermo,
y qué herradura Cupido
en el corazon te ha puesto!
Herradura que forjó
en la fragua de mi pecho,
adonde son mis suspiros
los fuelles de tanto fuego,
que me abrasara á no haberle
rociado con vino fresco.
¡Ay, Juanita! Pero allí
sale su madrina: quiero
tantear mi ventura.

Sale la tia Inés de labradora rica.

Inés. Amigo.
Guill. Estoy para obedeceros,
señora; y por estar pronto
á herraros en todo tiempo,
he despedido las mulas
de Colás el molinero.
Inés. Me deja muy obligada
la preferencia.
Guill. Os protesto,
que jamás tengo mas gusto,
que cuando pongo los hierros
en la fragua para vos.
Inés. Lo estimo. Y vamos á esto:
teneis conciencia?
Guill. Señora,
de tener tanta me precio,
casi por habilidad
en el arte que profeso;
y esta en toda la comarca
es notoria.
Ines. Así lo creo.
Guill. Y sino, díganlo tantos
animales como hierro,
ó tantos hombres que curo
con mi maña y mis secretos.
Si supiera seis palabras
en latin, y cuatro testos
del Calepino, podia
ser médico.
Inés. Pues yo tengo
que proponeros...
Guill. Tambien
yo tengo que proponeros.
Inés. Un asunto.
Guill. Yo tengo otro.
Inés. Un jumentito pequeño
teneis...
Guill. Vos una ahijadita
de quince años...
Inés. Que me ha hecho
mucha gracia.
Guill. A mí tambien.
Inés. Es el animal mas bello...
es la bestia mas bonita...
Guill. Perdone usted, que yo creo
que no es bestia, es inocente;
pero si yo la merezco
por mujer, dentro de un año
no ha de haber en todo el pueblo,
mujer soltera ó casada
que la llegue con cien dedos.
Inés. ¿De quién hablais? Yo discurro
que el juicio se os ha revuelto.
Guill. De Juanita vuestra ahijada.
Inés. Si yo os hablaba de vuestro
borriquito, que me gusta,
y queria comprar.
Guill. No hablemos
mas en la materia; haré
que os le lleven al momento;
enviadme vos la muchacha
con el dote, y está hecho
el trueque solemnemente,
como dicen, pelo á pelo.
Inés. No soy boba.
Guill. Es que un buen dote
hace los rostros mas bellos.
Inés. Vos erais un buen partido
para ella; pero no puedo
violentar la inclinacion
que tiene (y harto lo siento)
á Juanillo el entenado
de mi mayoral.
Guill. Por eso
no lo dejeis, pues entrambos
son dos muchachos esentos
tanto de malicia, que
aun no entienden los afectos
que se tienen uno á otro;
y separados vinieron
á consultármelos.
Inés. Cómo?
Guill. Los dos, de amargura llenos,
me contaron su inquietud,

y sus pasiones, creyendo
que estaban maleficiados;
y pidiéndome remedio
eficaz: con que yo hallé
la ocasion por los cabellos.
Inés. Qué les dijisteis por fin?
Guill. Que era el mal de tanto riesgo,
que si volvian á verse,
quizá se caerian muertos.
Inés. En accidentes de amor
discurro que otros remedios
son mucho mas eficaces
que el régimen, tio Guillermo.
Guill. Sea lo que fuere, señora,
si lo permitis, yo emprendo
curar á Juanita.
Inés. Bien:
que yo tomaré el empeño
igualmente de curar
á Juanito.
Guill. Es muy bien hecho,
que una ama cuide de que
sus criados estén buenos.
Inés. Mi corazon se interesa
no sé por qué en los aumentos
y salud de este muchacho:
y si él agradece atento
mis finezas, ya vereis
del modo que le establezco.
Guill. Sea en buen hora.
Inés. Vedle vos.
Guill. Está muy bien.
Inés. Y de lo que adelantemos
en las curas uno y otro
al punto nos avisemos. *vase.*
Guill. Hasta ahora bien va: y yo juzgo,
que la viuda y yo no haremos
malos médicos, bien que
sus medicinas recelo
que obren antes que las mias,
aunque no ignoro los medios
de agradar á las muchachas,
que es darlas muchos festejos,
muchas galas y cintajos,
golosinas y dineros;
darlas mucha libertad,
no contradecir sus genios,
y dejarlas hacer cuanto
quieran, malo y bueno.
Sale Juanito.
Juanito. ¡Ay pobrecito de mí!
¡Qué hinchado el corazon tengo!
El arde, él revolotea;
y si delante me quejo
de alguno, se echa á reir.
No se vea cual me veo
ningun pobre. Pero aquí
estaba usted, tio Guillermo?
Guill. Qué hay, Juanito, cómo va
de salud?
Juanito. Mal: yo no duermo,
ni como: y por las noches,
cuando en la Juanita pienso,
parece que tengo pulgas;
y de los brincos que pego,
hay ocasiones que doy
con la barriga en el techo:
parece el pulso al reloj,
cuando estaba descompuesto...
ta, ta, ta, ta, ta, ta...
y cuando á la chica veo,
ni yo sé por qué me gusta,
ni sé por qué la aborrezco;
ni yo sé por qué me rio,
ni por qué me pongo serio;
ni yo sé qué he de decilla,
ni lo que me pide el cuerpo;
ni yo sé... qué he de saber...
Diga usted, señor Guillermo,
los ojos de las muchachas
bonitas, tienen veneno?
Guill. Yo sé de algunos, y algunas,
que en mirándose cayeron.
Juanito. ¡Zape! pues amigo, yo
tambien caeré, no hay remedio.
Guill Pobrecillo.
Juanito. Mire usted;
para apagar este fuego
me he estado dentro del rio
veinte y cuatro horas en cueros:
yo no he comido en tres dias
mas que ensalada de berros
y malvas, por si era ahito:
como está un hombre al sereno,
por si era algun costipado,
he sudado el poco sebo
que tenia: finalmente,
yo me he atracado el coleto
de membrillo, y bellotas
por si acaso era despeño;
y solo sé que poquito á poco
me voy muriendo.
Guill. Hijo mio, te cogió
un terrible sortilegio.

Juanito. Y cree usted, que esto venga
de Juanita?
Guill. Así lo creo.
Juanito. Pues ella es muy niña para
hacer estos embelecos.
Guill. No sabes que en esta ciencia
adelantan mucho y presto
las mozas?
Juanito. Y véala usted,
que tiene un aire modesto,
y simple, que no parece
alza los ojos del suelo.
Guill. Hijo, esas son la peores.
Juanito. Pero si yo no la he hecho
nada á Juanita...
Guill. Es capaz
de hechizarte por lo mesmo.
Juanito. Y en qué vendrá esto á parar
sobre poco mas ó menos?
Gnill. En morirte.
Juanito. ¡Zapateta!
Guill. O en volverte lobo negro:
y andarás aullando siempre
por los valles y los cerros.
Juanito. Misericordia, San Roque;
si me librais os ofrezco
no volveria á ver jamás.
Guill. Esto es lo que te aconsejo.
Juanito. Y diga usted, no pudiera
tambien yo ser hechicero,
y vengarme?
Guill. Bien se puede.
Juanito. Pues dígame usted el secreto.
Guill. Te has de estar por quince dias
encerrado en tu aposento
solo...
Juanito. Sin ver á Juanita?
Guill. Si.
Juanito. Pues digo, que no puedo
tirar tanto, y que á los tres
ó cuatro dias me muero.
Guill. No desconfies. Despues
has de poner en el fuego
un corazon de una gata.
Juanito. Y si es gato no hará efecto?
Guill. No. Hasta que esté bien tostado,
y le harás polvos.
Juanito. No quiero;
que quizá se morirá
Juana, ó irá enflaqueciendo;
y está tan gorda, y tan linda:
usted busque otro remedio,
que ese no sirve.
Guill. Vaya otro.
En viéndola desde lejos,
nunca la esperes, sino
vuelve la espalda, diciendo...
Abracadabra flinflores.
Juanito. Abraca qué?
Guill. Majadero,
abracadabra.
Juanito. Está bien.
Guill. Y corre al paraje opuesto.
Juanito. Y así curaré?
Guill. No pronto:
pero irás á buscar luego
á su madrina, que acabe
la cura.
Juanito. Qué entiende de eso
ella?
Guill. Es la mujer mas hábil
para curar los enfermos
de mal de ojo...
Juanito. De qué ojo?
Calle usted, tio Guillermo.

Canta dentro Juanita.

«Pi pi, pi pi,
pollitos chiquitos,
graciosos, bonitos,
venid tras de mí:
pi pi, pi pi:
tomad las miguitas,
que os dan mis manitas,
del pan que comí.
Pi pi, pi pi.»

Juanito. ¡Ay tio Gillermo, quièn
fuera un pollito pequeño!
Guill. Pues deseas buena cosa.
No adviertes, no miras, necio,
que los halaga, y los ceba
para zampárselos luego?
Juanito. ¡Válgame Dios!
Guill. Huye pronto,
huye
Juanito. Pero tio Guillermo...
Guill. Quieres marchar? Ya estás todo
turulato, y macilento.
Juan. Sí, voy... Como? Aguarda cabra
filin folas. *Vase.*
Guill. Yo me muero
de risa con su inocencia:
Esto se va componiendo.

Sale Juana.

Juana. No estaba Juanito aquí?

Guill. Ya se fué.
Juana. ¡Jesus, qué miedo
le he tomado!
Guill. Haces muy bien.
Juana. Y es el caso, que me pelo
por verle. Mis compañeras
dicen que éste es el tormento
de amor.
Guill. Es la enfermedad
que mas estragos ha hecho
en las mozas.
Juana. Pobre Juana,
que tus ansias van creciendo
por instantes, y es preciso
que te mueras con el tiempo.
Guill. Sabes que estás hechizada?
Juana. Sí, señor; harto lo siento,
y lo lloro.
Guill. A ver el pulso?
Si es delirio manifiesto,
tú no duermes...
uana. Es verdad.
uill. Y por las noches apuesto
á que te sientes peor.
uana. Así es. Déme usted un remedio
por amor de Dios.
uill. Juanita,
la receta que yo encuentro
para ti es un buen amante.
ana. Y que es un buen amante?
uill. Esto:
es un buen enamorado,
que te ame... yo, por ejemplo.
ana. Oh, vos no sois un amante.
ill. Y por qué?
ana. Por que sois bueno,
y los amantes me han dicho
que todos son hechiceros.
ill. Hay unos que dan hechizos,
y hay otros que curan de ellos:
hay unos que á las muchachas
as ponen, segun sus genios,
ristes; y otros muy alegres;
yo soy uno de aquellos
ue las hacen reir.
na. Usted
erdone, señor Guillermo,
ue usted, no me hará reir
ientras en Juanito pienso.
ll. Estando siempre conmigo.
a. No tal.
l. ¿Estais disgustada
conmigo?
Juana. Mientras hablemos
de Juanito, no señor.
Guill. Aparta esos pensamientos
melancólicos; y para
que te diviertas, dancemos
si quieres.
Juana. No tengo gana
ahora.

Sale la tia Inés.

Inés. Señor maestro,
habló usted con aquel mozo?
Guill. Sí señora.
Inés. Y qué tenemos?
Guill. Que está hechizado tambien
como esta hasta los huesos.
Inés. Con que te hechizó el bribon?
Juana. Sí señora.
Inés. Y cómo fue eso?
Juana. Yo no lo sé; si no que
fuese, ahora que me acuerdo,
una tarde de la Pascua,
que le encontré junto al huerto
de la Ermita, que llevaba
un ramillete muy bello,
con un liston encarnado;
quiso ponérmele al pecho;
y yo, como no pensaba
que podia ser malo aquello,
dejé que me le pusiera.
Inés. Así caen en el anzuelo
las mozas incautas.
Guill. Flores?
Mal hechizo.
Juana. Lo que es cierto,
que yo traigo la cabeza
perdida desde aquel tiempo.
Inés. Y qué has hecho de las flores,
y la cinta?
Juana. Allí las tengo,
madrina mia, y usted
las verá, porque yo creo
que en ellas está el hechizo,
pues cada vez que las veo,
suspiro.
Inés. Es fuerza arrojarlas.
Guill. No, sino echarlas al fuego.
Juana. Pues aun hay mas.
Guill. Cómo mas?
Inés. Vaya, dilo.
Juana. Me avergüenzo...
Inés. No llores.

Juana. Que al despedirnos,
el picaron hechicero,
para acabar de hechizarme,
me llamó cara de cielo;
dijo, adios, y me dió una
puñada en el hombro izquierdo.
Inés. Qué mas?
Guill. Qué es poco? El demontre
de Juanito es bien travieso.
Inés. Vaya, ¿y despues?
Juana. Desde entonces,
donde quiera que le encuentro,
que llegue ó no llegue hablarme,
allí plantada me quedo:
si no es él, cualquiera mozo
me parece tonto y feo:
y en fin, no tengo otro gusto
que pensar en mi tormento.
Inés. Pues hija, es fuerza privarte
con él de todo comercio.
Guill. Yo soy del propio dictamen.
Juana. Madrina, y lo peor del cuento
es, que cuanto mas me aflije
yo mas bienes le deseo:
que no haga otra hechicería
peor es lo que yo temo.
Inés. Al instante has de volverle
los presentes que te ha hecho.
Guill. En ellos está el hechizo.
Juana. Pronta estoy á obedeceros:
yo le volveré la cinta,
y el ramo aunque ya está seco.
Pero la puñada...
Guill. Esa
dámela á mi.
Juana. Tio Guillermo,
esa es falta de conciencia:
No veis que tiene otro dueño?
Inés. Mariscal, juzgo que no
tienen cura estos enfermos.
Guill. Tal me parece, señora;
pero no desesperemos.
Inés. Idme á buscar al muchacho.
Guill. Al instante voy, y vuelvo. *Vase*.
Ines. Y á tí te mando que nunca
vuelvas á hablarle, ni verlo.
Juana. Muy bien.
Inés Vete á divertir
con las mozas al paseo,
ó al rio, y puedes volver
á casa en anocheciendo.
Juana. Diviértete... Tengo gana
de divertirme por cierto;
cuando yo era niña, en todo
hallaba entretenimiento,
sin tener algun cuidado;
y conforme voy creciendo,
con nada sino en pensar
en Juanito, me entretengo.
Ahí viene... voy á buscar
sus alhajas allá dentro
para volvérselas. Vaya
á hechizar á los infiernos. *Vanse*.

Sale Juanito.

Juanito. Quisiera ver á Juanita
la última vez, por si puedo
recobrar mi libertad;
y si su corazon terco
se resiste, el de la gata
pongo al instante al brasero,
y sea lo que Dios quisiere...
pero allí sale. Ya tiemblo.
Valor, Juanito; y no mires
en semejantes encuentros,
que es hermosa, sino mira
de la suerte que te ha puesto.

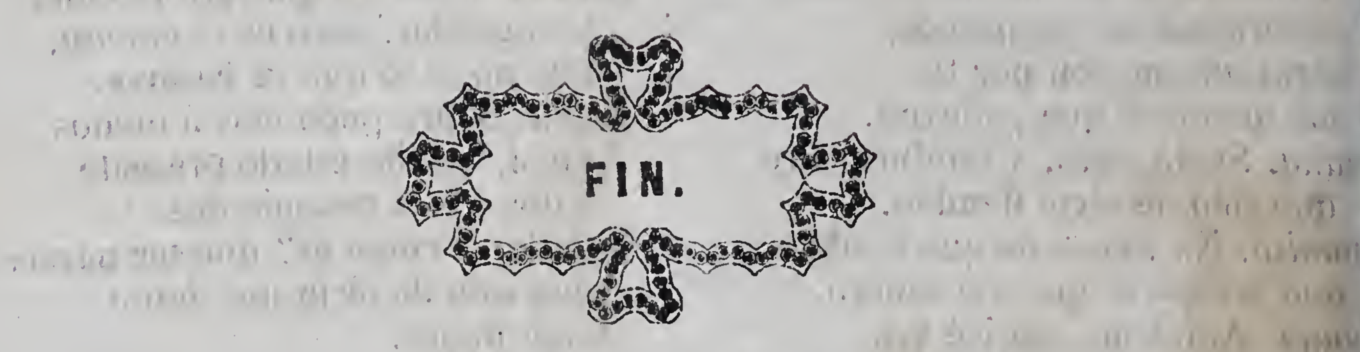
Sale Juanita.

Juana. Me alegro, señor Juanito,
de ver á usted.
Juanito. Mas me alegro
yo de ver á usted señora
Juanita.
Juana. Saber deseo
por qué me trata usted así?
Juanito. Yo tambien á usted la ruego
me diga por qué razon
me ha elegido para efecto
de su malicia.
Juana. Malicia?
Yo malicia?
Juanito. Ya te entiendo:
sí: quién ha hechizado á quien?
Juana. Bien lo sabes tú, perverso,
mejor que yo, pues tú has sido.
Juanito. Ahora salimos con eso?
embustera, y bruja? Vas
lindas gracias descubriendo.
Juana. Yo embustera? Pues dí, tonto,
por quién perdí yo el sosiego
los dias? por quién cogí
tantas noches el sereno
á la ventana? por quién
todos los bailes del pueblo
dejé yo si tú no estabas?

por quién, estando comiendo,
dejaba el mejor bocado
guardado entre mi pañuelo?
por quién de todos los mozos
aborrecí los requiebros,
y finalmente, por quién
há tantos dias que peno,
sino por tí? Y aun dirás
que no eres tú mi hechicero.
Juanito. ¡Ah, zalamera! Yo, sí,
yo sí que testigos tengo
de que siempre me has traido
la cabeza al retortero.
Por quién, di, salté las tapias
tantas veces de los huertos,
para llevarte las frutas
tempranas siempre el primero,
dejando las pantorrillas
en las bocas de los perros?
Por quién, desde la majada
todas las noches de invierno,
y las siestas del verano,
sufrir bochornos, y hielos?
por quién llegué á aborrecer
todas las horas del sueño,
que interrumpian mis dulces,
y continuos pensamientos?
por quién en toda mi vida
de mi libertad fuí dueño;
ni tuve pesar contigo,
ni sin tí tuve contento?
Y cuando al fin me has trocado
esperanzas en despechos,
dirás que no son por tí
los hechizos que padezco.
Juana. Sí, ingrato, y tambien diré
que solo de oirte tiemblo.
Juanito. No tienes de que temblar;
que yo soy el que me muero.
Juana Antes me moriré yo.
Juanito. Juanita qué no hay remedio?
Juana. Qué no hay remedio, Juanito?
Juanito. Acuérdate del estremo
con que te quise.
Juana. Haz memoria de cuando...
Juanito. No hagas pucheros,
mujer.
Juana. Y tú por qué lloras?
Juanito. Pero, mujer, yo qué he hecho?
qué he hecho yo mujer?
Juana. Juanito,
tú me atraviesas el pecho
con un puñal.
Juanito. Donde está?
Juana. Toma, toma, que no quiero
ni tu ramo, ni tu cinta.
Juanito. No me hagas ese desprecio:
mira que tambien yo se
hacer hechizos, y tengo
unas palabras...
Juana. Madrina,
amparo.
Juanito. No alborotemos
la vecindad. Lo que importa,
es deshacer al momento
los hechizos.
Juana. Pues deshazlos
tú, que eres quien los ha hecho.
Juanito. Dale bola.
Juana. Aguarda: sabes
quién padeció de los mesmos
males?
Juanito. Quién?
Juana. Pepe y Colasa.
Juan. Es verdad; que yo me acuerdo
de haberlos visto andar como
espantados por el pueblo,
y flacos: pero te acuerdas
tú como convalecieron?
Juana. Si, si: mira, se casaron,
y estaban á poco tiempo
como ahora, Dios los bendiga,
tan gordos y tan risueños.
Juanito. Pues yo quisiera reirme,
y engordar; pero es el cuento,
que no se lo que es casarse.
Juana. Sobre poco mas ó menos
yo sí, que he estado presente
á dos ó tres casamientos.
Juanito. Y cómo es? que me parece,
que solo de oirlo me siento
algo mejor.
Juana. Mira: van
á la iglesia muy compuestos,
hablan con el señor cura
y el sacristan muy atentos;
y despues... Daca esa mano...
No, la otra, majadero.
Juanito. Toma las dos, y tú elige
la que quieras.
Juana. Ponte serio.
Juanito. Ola, y tú por qué te ries?
Sale Guillermo.
Guill. ¡Ola, ola!

Sale Inés.

Inés. ¡Bueno, bueno!
Guill. El tal Juanito no es bobo.
Inés. Ola, muchacha, que es esto?
Juana. Pensar en curarnos de
los males que padecemos.
Inés. Yo te lo estimo; pero ese
es cuidado de que quiero
yo encargarme con casaros
á los dos: y así, al momento,
para estar buena, te has de
casar con el tio Guillermo.
Guill. Y cuanto ántes que á tu mal
no hay otro contraveneno.
Inés. Lo aceptas?
Juana. Yo sí, madrina;
á ver si logro con esto
tratar siempre á mi Juanito
sin tanto desasosiego.
Guill. En ese caso, mejor
será que no nos casemos.
Inés. Yo pretendia curarte
tambien.
Juanito. Pero yo mas quiero
morir que el que usted me cure.
Juanita, prosigue el cuento,
que es lo que importa.
Guill. Es preciso
que otro partido tomemos,
señora, y que ellos se casen
para que se maten luego.
Inés. Pues, hijos, no padeceis
otros males que quereros
de buena fe el uno al otro:
yo vuestra boda consiento,
que dispondré cuanto antes.
Juanito. Y en casándonos
qué haremos?
Guill. Ah, bruto: ¡ que dé Dios mocos
á quien no tiene pañuelo!
Inés. Ea, vamos á juntar
la gente moza del pueblo,
que de Juanito y Juanita
con diversiones y juegos
celebren los desposorios,
Guill. Y la idea concluyendo,
por lo nuevo y por lo raro:
Todos. Logre perdon de sus yerros.



MADRID. 1865.

Imprenta de Marés y Compañía, plaza de la Cebada, 13, principal.